

EL SUBMARINO

Autor: Abilio Ayuso



Una aventura, se sabe cómo empieza, pero no como puede acabar y en ocasiones, una vez metido en el ajo no hay marcha atrás. +16

La ventaja de nacer inmensamente rico es poder dedicarte a lo que te dé la gana, puedes malgastar tu vida en fiestas, saraos y cachondeos, como era el caso de algunos niños ricos de papá que yo conozco, o dedicarte a lo que realmente te apasiona, que para mí era el mar.

Tuve la suerte de que mis padres eran gente discreta, de los que les gusta disfrutar de la vida sin alardear, y yo fui más discreto aún, conseguí acabar mis carreras de biología marina e ingeniería naval centrándome en lo que me interesaba y pagando con dinero y toda la desfachatez del mundo cualquier tarea que no me gustara o no me interesara hacer, no me remordía la conciencia por ello ya que sabía que no ejercería profesionalmente.

Nunca fui un Don Quijote, me di cuenta de que los océanos se morían lentamente y utilizando toda mi fortuna apenas podría descontaminar menos de lo que uno solo de aquellos países bananeros contaminaba, así que decidí ser un mero notario de la destrucción planetaria y disfrutar de lo que todavía quedaba limpio.

Aquella temporada quise explorar una zona del Caribe de la que prefiero dar pocos detalles. Alquilé una preciosa casa muy aislada junto al mar que tenía un garaje acuático.

Si se abría el portón podía entrar y salir mi yate perfectamente equipado para el estudio oceanográfico, y automatizado de tal forma que si lo deseaba podía manejarlo una sola persona y si no se abría podía salir por debajo, sin ser apercebida mi joya de la corona, un pequeño submarino biplaza con una cúpula transparente ultrarresistente que me permitía explorar fondos submarinos a más de mil metros de profundidad.

Había oído hablar de una enorme caverna submarina de la que poca gente tenía noticia y no tardé en dirigirme hacia allí con mi pequeño sumergible como un niño hacia el escaparate de una juguetería.

Me adentré lentamente en aquella inmensa catedral saboreando cada rincón que mis focos iluminaban. Mientras penetraba admiraba la vida que tapizaba sus paredes, alguna de las especies que veía incluso me costaba reconocerlas o tenía que admitir que no las conocía en absoluto.

Cuando llevaba un kilómetro recorrido me di cuenta de que el techo había quedado sustituido por la superficie del agua, emergí con precaución para aparecer bajo una enorme bóveda.

En uno de los lados, descubrí un escalón lateral que apenas sobresalía un palmo del agua y formaba una especie de embarcadero natural, atraqué cuidadosamente y armado con una potente linterna me dispuse a explorar aquel reducto.

Mi primer hallazgo fue bastante extraño y macabro, en dos lugares de la plataforma aparecían en distintas posiciones un par de blanquecinos esqueletos, ¿Buceadores que habían llegado hasta allí sin poder regresar?, no tenía sentido porque por más que busqué no localicé una sola pieza de su equipo, una mascarilla, cinturón, o restos del traje de neopreno.

De una de las paredes de la caverna surgía un pasadizo, me adentré unos cuantos metros por él y me quedé helado cuando me pareció oír el rodar de una piedra de gran tamaño y una especie de alarido.

Tardé unos segundos en poner en orden mis ideas, ni criatura marina ni leches, aquello sonaba a grito de mujer así que chillé con todas mis fuerzas: “¡¡Holaaa!!, ¿Hay alguien ahí?”.

Cuando iba a repetir el mensaje comencé a escuchar frases angustiosas que decían algo así como: “Espera, no te vayas, no me dejes, ya voy, pero está muy oscuro”.

Las voces se fueron acercando muy lentamente hasta que por el fondo apareció una figura femenina, la iluminé con la linterna para descubrir que era una muchacha preciosa completamente desnuda que se tapaba los ojos y me decía: “¡Baja ese maldito foco, me ciegas!”.

Obedecí y pasé a iluminar el suelo para que pudiera caminar segura, me di cuenta de que en su mano derecha aferraba una piedra de buen tamaño, acto seguido me espetó con voz dura: “¿Te ha mandado Víctor para ver si ya he muerto, o es que vienes tú mismo a rematarme?, Porque lo que no trago es que se haya arrepentido y vengas a rescatarme”.

Con la voz más dulce que pude le contesté: “Tranquilízate, no se quién es Víctor ni quién eres tú, soy un oceanógrafo que explora estos fondos en mi submarino, he oído ruido en esta galería y has aparecido tú”.

Oí el sonido de la piedra al caer al suelo y unos sollozos lastimeros mezclados con palabras casi incoherentes que decían: “Que lindo, un oceanógrafo, con su pequeño submarino que viene a sacarme, un ángel que me manda Dios, no se quién eres, pero te quiero, eres lo más precioso que he visto en mi vida y no dejarás que me pudra aquí”.

La voz se fue acercando hasta que una muchacha de cabello enmarañado me abrazó como un pulpo, de vez en cuando me besaba por turnos en las mejillas o la boca y seguía repitiendo: “Estaba segura de morir aquí y no volver a ver a mi niña y has venido tu a buscarme, te quiero, príncipe mío”.

A mí se me estaban comenzando a escapar las lágrimas, por un lado, sentía la emoción de la obra de caridad que estaba haciendo sin saber cómo, y por otro una

extraña sensación al notar aquel cuerpo maravilloso de piel suave junto al mío, piel con piel ya que yo solo llevaba bañador y zapatillas.

Me regañé a mí mismo por pensar que no me había equivocado cuando le di el primer vistazo con la linterna, tenía las tetas hinchadas y ahora las notaba sobre mi pecho.

Aquella ráfaga de ideas se cortó de golpe cuando ella tomó mi cara entre sus manos, me miró a los ojos a través de la penumbra que dejaba ver la linterna iluminando el suelo y me dijo muy seria: “Tengo mucha sed, mucha hambre y me duelen las tetas, en este orden”.

No pude evitar reírme y contesté: “Pues ven al submarino que te lo arreglo todo”, aunque lo de las tetas no lo tenía muy claro, tal vez un analgésico.

Cuando vio el pequeño submarino con su color amarillo y sus luces de posición volvió a emocionarse y llorar como una niña diciendo: “Un submarinito, y me vas a sacar de aquí como a una princesa sin bucear ni nada”, Otro abrazo, un par de besos y yo volviendo a pensar inevitablemente en aquellas tetas hinchadas.

Entramos en el submarino, ocupamos las dos únicas plazas disponibles y me disculpé diciendo: “Lo siento, pero no esperaba a nadie, no llevo ropa de recambio y pienso que si te doy el bañador que llevo puesto aún sería peor, pero lo que si tengo es comida y bebida”.

“Pues déjate de bañadores y chorradas y dame algo de beber lo primero”.

Saqué una lata de cerveza de buen tamaño y le dije: “Tómatela tranquilamente, tiene poco alcohol, me había traído almuerzo, pero puedo pasar sin él”.

Se la bebió avariciosamente, sin pararse a respirar, tras lo cual soltó un sonoro eructo y dijo: “Como verás, dadas las circunstancias... No estoy por manías, ¿Que tienes de comer?”.

“Dos hermosos bocadillos de hamburguesa, uno con tomate y lechuga y otro con queso, más otra lata de cerveza”.

“Pues saca el primero o comienzo a morderte”.

Era una imagen deliciosa verla allí desnuda comiendo con aquel gusto y ganas, en el segundo bocadillo se fijó en que estaba vuelto hacia ella mirándola y sonriendo y con la boca medio llena dijo: “¿Qué es lo que te hace gracia?”.

“Tú, y lo a gusto que comes”:

“Pues déjate de contemplaciones y acaba de ser maravilloso, abre la segunda lata y pela aquel plátano que he visto que tienes allí, y lo que sería genial es que tuvieras un sacaleches o algo parecido”.

“¿Sacaleches...?”.

“Además de sin comer y beber llevo dos días sin amantar a mi bebé, ¿No te has fijado lo hinchadas que llevo las tetas?”.

“Pues la verdad es que no me había fijado”, mentí como un bellaco.

“Pues busca lo que sea que pueda succionar, algo llevarás en el submarino”.

Sonreí para mis adentros y contesté: “La verdad es que tengo algo muy adecuado y ecológico, pero no sé si te va a gustar”.

“Tal como estoy, aunque saques una serpiente de un bote, si me alivia ya me vale”.

“Bueno pues allá va, pero si no te gusta lo dices y listo”. Recliné hacia atrás los dos asientos, tomé con mis dos manos el pecho más cercano a mí comencé a masajearlo suavemente al tiempo que aplicaba mis labios a su hinchado pezón y lo succionaba”.

Por unos segundos puso cara de sorpresa para acabar diciendo: “Hostia, pues claro, no hay nada más natural y ecológico que unos labios, ¿Pero te la estás tragando?”.

Paré un segundo para contestarle: “Primero... No querrás que la escupa al suelo del submarino y lo ponga hecho un asco, segundo... Sería un pecado desperdiciar esta maravilla, tercero... Tú te comes mi almuerzo y yo me bebo tu leche, ¿Es justo no?”.

“Es justo, lógico y placentero, anda cámbiate al otro o me vas a desequilibrar”.

Tuvimos que hacer malabarismos para intercambiar los asientos pasando yo por encima suyo, cuando llevaba un rato chupando noté que ella cogía mi mano izquierda, supuse que no deseaba que le siguiera dando masaje, pero lo que hizo fue obligarme a bajarla rozando su vientre hasta llegar a su vello púbico y sus labios vaginales, noté que tenía las piernas completamente abiertas y su clítoris hinchado y lubricado.

Yo siempre había tenido cuantas mujeres me había dado la gana, bien atraídas al olor de mi dinero o simplemente compradas, y en general, sin llegar a ser misógino, no las valoraba demasiado, mi experiencia me decía que hasta la más inaccesible se derretía cuando se enteraba de la existencia de un avión privado y si además alguien le chivaba lo del palacete en el Gran Canal de Venecia ya me la tenía que despegar con agua caliente, siempre había pensado que hipotecar mi vida por el dudoso placer de gozar de la compañía permanente y limitadora de una de aquellas mujeres sería una

verdadera imbecilidad, y aquellas que no se impresionaban porque podían ser tan ricas como yo me parecían estúpidas y caprichosas.

Sin embargo, aquella desmelenada lactante allí abandonada que encima me exigía que le proporcionara placer me estaba excitando como ninguna otra.

Cuando después de su clítoris comencé a explorar su punto G mientras seguía mamando la oí decir entre gemidos: “No pares so cabrón, no pares o te mato”.

Finalmente soltó un aullido como los lobos a la luna y después levantando mi cabeza de su pecho me miró, sonrió dulcemente y me dijo: “Ya está, pensarás que soy una perra y una golfa y no es así, pero he estado tan cerca de la muerte que ahora quiero estar lo más cerca de la vida posible”.

“No pienso nada, es decir si, que si llevas dos días aquí tirada bien te mereces darte un gustazo”.

Se acabó la segunda cerveza, soltó otro sonoro eructo y me dijo: “Pues anda sácame de aquí, que a ti como oceanógrafo te parecerá un lugar maravilloso, pero para mí es el rescate de mi tumba”.

Cerré la escotilla, puse los respaldos en posición vertical y conduje el submarino hacia la salida, apenas un minuto después ella me dijo: “Lo menos que te debo es una explicación de qué demonios hacía allí”.

“Yo no te la he pedido”.

“Pero quiero dártela: Yo, como supongo que muchas otras idiotas, me enamoré del malote de turno, en este caso del supermalote, pensaba que era un hombre de negocios sinvergüenza y duro, pero era mucho más, un verdadero mafioso, nunca han podido probar nada contra él, y los que le han denunciado han sufrido un accidente antes de poder declarar en el juicio”.

“Pues de menudo elemento te fuiste a enamorar”.

“Si, y cuando quise retirarme con mi bebita me dijo que me sería más fácil arrancarle los huevos a mordiscos a un tigre que a su hija, y cuando insistí fue mi perdición”.

“Muy sofisticado el muchacho planeando tu muerte”.

“Es que se jactaba de cumplir siempre su palabra y a mí en un momento de pasión me juró que pasara lo que pasara nunca me mataría, ni me haría ningún daño ni dejaría que nadie me lo hiciera”.

“Que cabrón, no te mata ni te hace daño, pero te abandona en una caverna sin posibilidad de salida”.

“Si, me trajo hasta aquí con un equipo de buceo y arrastrada por uno de esos cacharros que parecen torpedos y hacen que los buceadores se muevan muy rápido y me dejó sin nada ni siquiera mi puto bikini, por lo visto es lo que hace con quienes quiere eliminar, los deja en la cueva desnudos como monos, para dificultar su identificación. Cuando me encontraste estaba explorando desesperadamente en busca de un escape”.

Al acercarme a la salida de la caverna lo hice lo más cerca del fondo posible para después descender a mucha profundidad y dirigirme hacia mi chalet sin visibilidad, solo guiado por los sofisticados aparatos de mi submarino, visto lo cual ella me dijo: “¿Porque no navegamos más cerca de la superficie?, Ya estoy harta de tanta oscuridad”.

“Por simple precaución cariño, ¿Quién nos dice que el puto Víctor ese no ha puesto algún tipo de vigilancia?, Pero a quinientos metros de profundidad es difícil que nos localicen”.

“Que chico más listo”.

“Pura lógica Watson”.

Al acercarnos a mi casa fui rastreando el suelo a medida que se elevaba hasta entrar sumergido en mi garaje, descendimos al pequeño muelle, subimos hacia el salón y le dije a mi invitada: “Por cierto... Me llamo Oscar, vivo sólo y esta es mi casa”.

“Pues yo soy Elena, hasta hace tres días vivía con un mafioso y mi niña y ahora aquí estoy, sin siquiera unas bragas que ponerme, y puestos a pedir... Daría lo que fuera por una buena ducha, secador para el pelo, crema hidratante, cepillo de dientes y ropa limpia”.

“Hala princesa pues aquí tienes un fantástico cuarto de baño, toallas, secador, cepillo de dientes nuevo y crema hidratante, aunque sea para hombre”.

“No estoy por muchas exigencias”.

Cuando acabó le dejé una camiseta, un pantaloncito deportivo de tela suave y unas zapatillas que le venían grandes, me miró con una sonrisa y me dijo: “Hasta ahora no he hecho más que pedir, ya es hora de que te dé algo, acompáñame a la cocina que te voy a demostrar lo buena cocinera que soy”.

“Cariño, estarás agotada después de esos dos días en la cueva”.

“Una italiana nunca está tan cansada que no pueda cocinar, o me dejas que te prepare algo o me enfadaré, es lo mínimo que puedo hacer, encima que me rescatas y me como tu almuerzo”.

“Bueno... No estoy del todo en ayunas, he probado el mejor aperitivo de mi vida, y con la mejor presentación”.

“Que cabrón, pues hasta que no recupere a mi niña te va a tocar seguir chupando cada pocas horas, porque ahora un sacaleches me parecería soso”.

“Con mucho gusto, nunca mejor dicho”.

Realmente era buena cocinera, en cinco minutos había explorado todo lo que tenía en alacena, nevera y congelador y en cinco más ya me estaba preparando una ensalada caprichosa con queso y nueces y espaguetis con dados de solomillo, no sé qué magia había puesto, pero aquello sabía mucho mejor que cuando yo preparaba algo parecido, también acertó a escoger un vino excelente y servirlo como si fuera una experta somelier.

Mientras yo comía ella estaba sentada pegada a mi lado y de vez en cuando probaba un bocado de mi propio plato o bebía de mi copa, no pude por menos que preguntarle: “¿Te has quedado con hambre?”.

“No cielo, es pura glotonería y las ganas de acompañarte en lo que sea que hagas, en este momento odio estar sola, los dos días que he pasado allí dentro en la más negra oscuridad se me han hecho eternos, deseando a cada momento escuchar una voz amiga, ahora no te suelto ni aunque me pegues”.

Cuando estaba acabando ya tenía preparado un delicioso postre a base de yogur, mermelada y trocitos de fresa más un humeante café, cargado como a mí me gusta, mientras lo paladeaba ella había fregado todos los platos y cacharros de cocina y me decía: “Necesito una siesta en una cama de verdad”.

“Sin problemas, hay dos habitaciones de invitados”.

“¡Tu no carburas!, ¿Después de lo que hemos pasado me vas a mandar a una habitación de invitados?, Voy a dormir en la tuya y tú conmigo, ya te dije que para despegarte de mí me vas a tener que pegar y ni aun así”.

Le encantó aquella enorme habitación con vistas al océano y una cama inmensa, se desnudó por completo y se refrotó por la suave sábana, al verme allí parado dio un par de palmadas sobre el colchón diciendo: “Venga... Conmigo”.

“Vale, ya voy”.

“Alto, alto, si yo estoy desnuda no pretenderás acostarte vestido, sería de mala educación”.

La verdad es que me daba vergüenza que viera la imparable erección que su vista me provocaba, pero finalmente me dejé de manías y me estiré a su lado, al cabo de un segundo ya la tenía pegada a mí besándome y acariciándome, la miré con una cierta seriedad y le dije: “Elena... Dos cosas, no quiero que pienses que porque te he rescatado tengo derecho a gozar de ti y por otro lado... Si estás recién parida no andarás para muchos trotes”.

“Oscar... Tres cosas, primera: He parido hace ocho meses así que estoy para muchos trotes. Segunda: como ya te dije, no soy ninguna perra ni golfa, pero después de lo pasado me muero de ganas de hacer el amor contigo. Tercera: Eres gilipollas, déjate de tonterías y ven encima mío que no soy boba y me he dado cuenta de que te gusto un montón”.

No se equivocaba, así que me dejé de tonterías e hicimos el amor, dormimos y repetimos.

Fue luego, mientras nos bañábamos en el jacuzzi que comenzamos a hablar de temas serios, comencé yo diciendo: “Bien, ¿Dónde quieres que pongamos la denuncia, en este país o directamente en Estados Unidos?”.

Su cara se ensombreció mientras me contestaba: “Mi buen Oscar, creo que no te haces la idea de quien es Víctor y cuál es su poder, la única posibilidad que tengo de seguir viva es que piense que estoy muerta. ¿Denuncia?, que risa, sería sólo mi palabra contra la de una docena de personas importantes que jurarían que aquel día y hora se encontraba a mil kilómetros de distancia, sería mi sentencia de muerte y de paso la tuya y lo último que quiero es complicarle la vida a mi salvador”.

Pensé que en realidad ya me la había complicado, pero estaba disfrutando de aquella complicación como un cerdo en un charco, le daba un sentido a mí vida que antes no tenía, una causa por la que luchar que, aunque fuera difícil, se ajustaba a mis posibilidades, no como la salvación del planeta que se me escapaba de las manos, así que acabé diciéndole en tono optimista: “Pues bien, ¿Qué quiere mi princesa que hagamos?”.

“¿Como podemos rescatar a mi niña?”.

“Buff, si ese tío es la mitad de lo que dices será muy difícil, pero no imposible, comenzaremos por los pequeños detalles”.

“Tu mandas y yo obedezco”.

“En principio discreción, daré una excusa para que no vuelva el equipo de mantenimiento y limpieza, de eso te tendrás que ocupar tú, pero sin dejarte ver en ventanas, terraza ni balcones, del exterior me encargaré yo”.

“Será un placer, señor”.

“Iré a comprarte ropa, pero no todo un ajuar de golpe, sino una cosa aquí y otra allí como si fueran regalos, más un tinte oscuro para esa cabellera de color miel, más todo aquello que pueda modificar tu aspecto, como unas gafas de miope”.

“Pero yo tengo la vista perfecta”.

“Si cariño, pero venden las monturas con cristal neutro”.

“Haa, vale”.

“Mientras yo esté fuera permanecerás cerrada a cal y canto, no contestarás a ninguna llamada del exterior, ni al timbre de la puerta, y mientras veas por las cámaras que hay gente fuera no harás ningún ruido, ni música, ni nada parecido, te dejaré mi móvil auxiliar y solo contestarás cuando te asegures de que soy yo y oigas mi voz”.

“Como en una película de espías”.

“Más bien de mafiosos, te dejaré un par de fusiles submarinos cargados capaces de atravesar un tiburón blanco, para que puedas defenderte si alguien asalta la casa”.

“Todo eso está muy bien, ¿Pero y mi niña?”.

“Cada cosa a su debido tiempo”.

Me dio pena recortar y teñir su preciosa melena, pero me gustó comprobar que con el pelo oscuro y corto y unas gafas gruesas de pasta estaba irreconocible, la ropa que le compré era casi como de trabajadora del campo para que disimulara su feminidad.

A partir de ahí me dediqué a investigar lo que pude del tal Víctor, teóricamente era un hombre de negocios de éxito, muy aficionado a los deportes náuticos, a pesar de que tenía varias casas lujosas por todo el Caribe, su sede principal era el enorme yate, del tamaño de un crucero, pero mejor equipado, con plataforma para helicóptero y un hidroavión que podía descolgarse sobre el mar mediante una grúa.

Se decía que al moverse principalmente por aguas internacionales prevenía que un cambio drástico en el gobierno de uno de aquellos países inestables provocara un intento de arrestarlo.

Era el reverso de mi moneda, individuo ostentoso que le encantaba alardear de fortuna y poder y rodearse de gente importante organizando fastuosas fiestas.

Yo era un oceanógrafo de prestigio que había colaborado en ocasiones con el National Geographic y publicado trabajos muy interesantes tratando de difundir un legado que impidiera que la humanidad alegara ignorancia respecto al futuro que nos esperaba.

Con mis recursos me resultaba muy fácil editar mis propios libros, distribuirlos y publicitarlos, por tanto, era alguien en el mundo de los aficionados al mar.

En cuanto comencé a dejarme ver en sociedad por la zona no tuve que hacer ningún esfuerzo para que Víctor me invitara a una de sus fabulosas fiestas, y más sabiendo que yo era esquivo a esa clase de eventos, el que yo aceptara reforzaba su ego.

Después de las presentaciones y de unas cuantas frases amables me deshice del bullicio y me dediqué a recorrer aquel inmenso navío buscando sus puntos débiles y fuertes, imagino que tendría algún sofisticado sistema de vigilancia porque cuando estaba examinando la proa la voz de Víctor dijo a mis espaldas: “¿Le gusta mi cacharrillo?”.

Sonreí y contesté: “No puedo evitar pensar lo bien que iría para reconvertirlo como base para la investigación oceanográfica, unos cuantos retoques y quedaría perfecto, reforzando la proa y tal vez el casco para atacar los bancos de hielo...”.

“Se lo regalaría, porque admiro su obra, pero es para mí como un hijo y un hogar al mismo tiempo, aunque le vendría grande porque tengo entendido que es usted un lobo solitario y que si se empeñara podría comprarse algo parecido”.

“La verdad es que me cansé de discutir con la gente, si se limitan a cumplir mis órdenes me parecen sosos, y si tienen ideas propias acaban chocando con las mías”.

“Tiene razón, a veces más vale sólo que mal acompañado, ¿Y que investiga por estas aguas?”.

“Fondos abisales”, mentí como un bellaco, “Intuyo que a más de mil metros de profundidad aquí habitan especies que aún no han sido catalogadas”.

“Vaya, vaya, buscando al Kraken o a las sirenas, ¿Y que utiliza, un batiscafo?”.

“No, eso está muy anticuado, un pequeño submarino que puede bajar a mil quinientos metros”.

“Muy adecuado, ¿Me informará si descubre algo interesante?”.

“Será el primero en saberlo, antes de que lo publique, y sino descubro nada me retiraré un par de meses a emborracharme en una isla desierta”.

“Perfecto, pero venga, que le presentaré a gente muy interesante, porque lo del lobo solitario será sólo para la investigación ¿Verdad?”.

“Por supuesto, cuando no se entrometen con mis estudios me encanta la gente”.

Ya sabía todo lo necesario y me puse a trabajar porque tenía fecha fija, Elena me había comentado que en los cumpleaños de Víctor acudía a la celebración en su barco toda la plana mayor de su entramado mafioso para rendirle pleitesía, el personal normal era sustituido por matones y ni siquiera ella había podido asistir a una de aquellas fiestas en las que suponía que se organizaba algún tipo de ritual extraño o juramento mafioso.

El próximo sería muy especial porque cumplía cuarenta años y el lugar siempre era el mismo, el punto del océano donde el padre de Víctor fue arrastrado a las profundidades por un tiburón mientras se bañaba y jamás apareció su cadáver.

Lo que a cualquier otro le hubiera costado adquirir o hubiera levantado sospechas, para mí fue sencillo, elementos sueltos con los que me resultó relativamente fácil construir veinte minas autoadherentes de pequeño tamaño pero gran potencia.

A ratos Elena se entrenaba en el manejo del sumergible y la verdad es que demostró que tenía buena mano, además me ayudó a cubrirlo por completo con una capa de pintura negra opaca y bastante absorbente de cualquier tipo de ondas de radar o sonar.

El día señalado salimos con el yate remolcando el pequeño submarino, en su panza colgaba una cesta con las veinte minas, al llegar la noche, cuando estuvimos a una distancia muy prudencial del enorme crucero hice que un par de pequeños drones, sin acercarse demasiado, regaran un líquido que atraería a los grandes tiburones.

Nos metimos en el submarino y descendimos a quinientos metros hasta situarnos justo bajo el inmenso buque, fuimos emergiendo lentamente hasta quedar bajo su enorme panza.

Elena demostró su recién adquirida habilidad llevándome alrededor de la enorme mole y yo mi maestría como recogedor de muestras marinas tomando con delicadeza las minas con el brazo robótico y adhiriéndolas suavemente alrededor del casco, la profundidad a la que nos movíamos y el empleo de luz negra y gafas especiales hacía que fuéramos totalmente invisibles para cualquier observador inoportuno que se hubiera asomado por la borda, al mismo tiempo, unos recipientes soltaban sangre, trozos de pescado y más líquido atrae-tiburones.

Regresamos a nuestro yate y nos alejamos rápidamente de aquella zona, lo dejé a un par de kilómetros de nuestro hogar con su sistema de control automático y regresamos a casa sólo con el submarino, no deseaba que nadie me viera llegar justo antes del momento fatídico.

No me remordía en absoluto la conciencia el acabar de un sólo golpe con todos los pasajeros, teniendo en cuenta la purria que allí estaría reunida incluso sería una buena obra para la humanidad.

La antena estaba dispuesta, el mecanismo preparado, el pequeño robot que habíamos dejado flotando a un kilómetro del yate nos mandaba unas imágenes perfectas, nos sentamos Elena y yo frente al conmutador para apretarlo conjuntamente... Cuando mi móvil anunció una videollamada, y era justamente... Víctor.

Hice que Elena se apartara un poco y respondí, apreció el rostro del mafioso que con una sonrisa irónica y una voz algo pastosa por los efectos del alcohol me dijo: “¿Que tal investigador...?, ¿Despierto a estas horas?”.

“Pues sí, estaba acabando un trabajo importante”.

“¿De esas especies que buscas por el fondo?”.

“Justamente de eso”.

“¿Y has encontrado alguna sirena?”.

“Pues no, pero casi”.

“Pues estaba pensando, que igual no estabas investigando tan a fondo y se me ocurrió volver a mirar en una caverna donde me había dejado algo, y... Sorpresa, ya no estaba, ¿Por casualidad no lo habrás encontrado tú con el submarinito?”.

Giré el enfoque hacia Elena que le dijo: “Hola hijo de puta, estoy viva, y follando”.

Víctor puso cara de triunfo y dijo: “¡Lo sabía!, pues aprovecha a follar que la vida es corta”. Seguidamente tomó otro móvil y dijo: “Adelante”.

Yo retomé el vídeo y le dije: “Hasta nunca Víctor”.

Él soltó una carcajada y respondió: “Por supuesto hasta nunca”.

Apreté el conmutador y la imagen tembló, la risa del mafioso cambió a una mueca de sorpresa, incredulidad y terror, en tres segundos se cortó la imagen.

El robot, con su potente zum nos dejó ver como aquel enorme caparazón flotante temblaba para hundirse en segundos como una piedra, las minas colocadas estratégicamente lo habían desfondado totalmente haciéndole perder por completo su flotabilidad, si por casualidad quedaba alguien vivo los tiburones acabarían el trabajo.

Habiendo cumplido su cometido el robot se autodestruyó y se hundió en las profundidades.

Me quedé unos momentos pensando en las últimas palabras de Víctor y de repente salté de la silla diciéndole a Elena: “¡Corre, sígueme, al garaje, no cojas nada!”.

Nos metimos casi a tientas en el submarino, encendimos las luces negras y salimos rastreando por el fondo a toda máquina, a la distancia de un kilómetro saqué el pequeño periscopio justamente para ver como de ambos lados de la ensenada partían fogonazos que se dirigían a nuestra casa, eran lanzagranadas antitanque que dejaron nuestro hogar reducido a cenizas.

Continuamos hasta el yate y partimos hacia un punto muy alejado de aquel lugar de muerte.

Los días siguientes las noticias dijeron que el yate del multimillonario empresario de dudosa reputación había desaparecido de repente sin dejar rastro, la guardia costera sólo había localizado algunos restos a la deriva, no habían emitido ni un mensaje de socorro, no había supervivientes y no se sabía si se trataba de un accidente o un atentado, tal vez de algún competidor mafioso.

También se dijo que podía haber explotado algún arsenal de las armas con las que solía traficar enviando el barco a pique en cuestión de segundos.

Las pruebas de lo sucedido se hallaban en la Fosa de Puerto Rico, a nueve mil metros de profundidad y no era un lugar donde se pudiera investigar fácilmente.

Lo nuestro apareció en tercera plana como un accidente provocado tal vez por una explosión de gas que por suerte no se había cobrado víctimas.

Al haber desaparecido el gran jefe y toda su cúpula, las autoridades corruptas de los países bananeros de aquella zona del Caribe perdieron el respeto por aquella organización descabezada, me resultó muy fácil sobornarles para que hicieran el trabajo que ya tenían que haber realizado mucho antes, registrar todas las posesiones del mafioso, donde los pocos compinches de tercera que quedaban no se atrevieron a oponer resistencia.

Por supuesto también les movía la codicia de pensar en todo lo que podrían confiscar en aquellas mansiones y almacenes y que por supuesto se evaporaría en su mayoría sin aparecer en el inventario final.

En uno de aquellos registros apareció una niña de diez meses, a Elena no le costó en absoluto reclamarla como hija suya que era, en aquellos parajes el dinero es poderoso como un rompehielos. Los asesinos a sueldo que destruyeron nuestra casa, al desaparecer el cliente perdieron todo interés en el asunto ya que ni siquiera llegaron a cobrar por el trabajo.

De todas formas, una vez recuperada la niña nos alejamos de la zona y nos dedicamos a vivir la vida discretamente entre París, Suiza, Venecia y la Polinesia, ahora tenía algo importante a lo que dedicarme. Aquella italiana que había recogido en la caverna submarina se había metido dentro de mi espíritu como lluvia que empapa la hierba, ni era una busca fortunas que hubiera venido al olor de mi dinero ni una estúpida

millonaria relamida. La vida a su lado tomó aires de aventura, aunque han pasado muchos años sigue igual de picarona, sencilla, cariñosa y buena cocinera, no se le han subido los humos del dinero a la cabeza, hasta me atreví a casarme con ella y darle un hermanito a la pequeña, a la que por supuesto he adoptado como hija.

Sigo documentando el desastre planetario, pero sin poner tanto empeño, aunque por si acaso les he comprado a los niños una casa en Islandia, por si las temperaturas siguen subiendo.

FIN...